

DÍA 6 DE ENERO

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD

Lecturas:

a.- 1Jn. 5,5 -13: El que cree en Cristo, vence al mundo.

El apóstol nos revela los fundamentos de la fe, es decir, el testimonio divino en el cual se fundamenta el creer del cristiano. Todo que ha nacido de Dios vence al mundo, es el cristiano que justificado por medio de la fe ha vencido al mundo (1Jn.5,4). Profundizando esta realidad, enseña que lo que le ha dado la victoria, es creer que Jesús es el Hijo de Dios, es decir, sin fe en Cristo no hay filiación posible de vivir, y por ello no puede vencer al mundo (v.5). Se queda el cristiano sin identidad y sin fuerzas para la lucha. La fe establece la meta por alcanzar y el auxilio continuo de la gracia divina para iniciar el camino. El apóstol proporciona un triple testimonio para demostrar que Jesucristo es de verdad el Hijo de Dios y creer en ÉL no consigue la vida eterna (vv. 6-12). Jesús viene al mundo para redimir al mundo, misión encomendada por su Padre. Agua y sangre que nos hablan del Verbo que se hizo hombre, con los cual el evangelista testifica que Cristo es el Hijo de Dios. Estos elementos también hablan del bautismo y la muerte de Jesús en cruz. Testimonio de su divinidad y misión es cuando el Padre lo presenta y el Espíritu Santo desciende sobre el día de su bautismo. Su sangre derramada trajo la salvación, el velo del templo se rompió, vino el terremoto, muchos resucitaron, el centurión confesó la divinidad de Jesucristo. El apóstol recalca que Jesucristo vino no sólo con agua, sino con agua y con sangre, queriendo demostrar que el mismo el mismo Cristo que se bautizó, también murió en la cruz como Hijo de Dios. Otra lectura nos habla del agua aludiendo al Bautismo y la sangre a la Eucaristía, ambos sacramentos testifican la inmensa caridad de Cristo para con los hombres. Un segundo testimonio a favor de Jesucristo lo da el Espíritu Santo, afirmando que es el Hijo de Dios y redentor del mundo. Hace que los apóstoles y creyentes se llenen de valor hasta derramar su sangre por la fe en Cristo. Hace de la cruz, signo de victoria sobre la muerte, Satanás y el pecado. El Espíritu Santo es la verdad, la posee la verdad divina y la comunica fielmente. Dio testimonio de Jesucristo el día de su Bautismo, el día de Pentecostés, cumpliendo la palabra de Jesús, instruyendo a los apóstoles y confirmándole en su misión. Guía a la Iglesia con sus carismas y acción santificadora. Con el testimonio de estos tres testigos, el Espíritu, la sangre y el agua, la invitación es a creer en el Hijo de Dios y por la fe dar testimonio de ÉL. Si en lo humano aceptamos el testimonio de hombre, ¿por qué no aceptamos el testimonio de Dios a favor de su Hijo? Su testimonio es mayor y por ello quien cree en el Hijo, posee el testimonio de Dios dentro de sí, es decir, acepta el testimonio del Padre y lo conserva como prenda de salvación. Este testimonio es principio vital para la fe del creyente, pero también fuente de su apostolado y testimonio de cuanto cree (v.10). Quien no cree hace a Dios un embustero, porque no admite el testimonio que ha dado a favor de que Cristo es su Hijo, en el fondo es no dar fe a Dios. Su testimonio se resume en esto en que al darnos al Hijo, nos ha dado la vida eterna, la vida de la gracia y la gloria como destino, porque ambas se encuentran

en el Hijo. Por la fe y los Sacramentos se participa de la vida de Cristo resucitado. Si en ÉL está la vida, quien tiene al Hijo posee la vida (v.12), el que no tiene al Hijo, es decir, no creen en ÉL, no tiene la vida. Tener al Hijo equivale a creer en ÉL, implica vivir en ÉL por la gracia y el amor, en definitiva es poseer en esta vida de fe, la vida eterna.

b.- Mc. 1,6-11: Bautismo de Jesús.

El evangelista, nos presenta el Bautismo de Jesús, escueta y austera los elementos básicos son Jesús viene de Nazaret de Galilea, para ser bautizado en el Jordán. Una vez bautizado se abren los cielos, el Espíritu Santo baja de los cielos y se escucha la voz del Padre, una declaración, que lo reconoce como el Hijo amado en quien se complace (v.11). El perfil que nos presenta el evangelista, es nítido lo que revela su identidad y su obra: las palabras proféticas de Juan (v.7), la presencia del Espíritu (v.10) y las palabras reveladoras del Padre (v.11). Con el bautismo Jesús inicia su misión, con autoridad plena, la presencia y garantía del Espíritu, el testimonio amoroso del Padre. El Bautista, había preparado al pueblo con una predicación que invitaba a la purificación, penitencia por los pecados cometidos, suscita un movimiento espiritual de conversión. Es su tiempo que se cierra, para dar paso a la novedad del evangelio, predicado por Aquel que es más fuerte que él (v.7; cfr. Is. 9,6). La inmersión en las aguas del Jordán, son el espacio donde los pecadores son acogidos y preparados para el encuentro con el Mesías. Es la disposición interior de quienes buscan la salvación, un camino de santidad que está por inaugurarse por Aquel, que es más fuerte y bautizará con Espíritu Santo. Si Jesús trae consigo al Espíritu, es porque la historia está llegando a su plenitud. Jesús viene desde Galilea, baja del norte de Nazaret a Galilea, es decir, de la tierra de los paganos a un contacto más directo con los judíos. Jesús se acerca al Bautista para ser bautizado. Toma la condición de un pecador, se hace pecado (cfr. 2 Cor. 5, 21), aparece como un peregrino más del arrepentimiento, que concretiza su gesto de arrepentimiento con el agua derramada y el compromiso de cambiar de vida. Pero sucede lo extraordinario, el reconocimiento de su verdadera identidad que vienen no de los hombres, sino de lo alto: la presencia del Espíritu y la voz del Padre. Se oye la voz del cielo. "En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.» (vv. 10-11). Se enfatiza lo humano comparte la condición de pecador, pero al mismo tiempo se subraya su dimensión divina, condición única entre los profetas que ha conocido el pueblo de Dios. Jesús es hombre y Dios, pecador e inocente por nosotros. Lo humano y divino, se conjugan en forma admirable en Cristo Jesús. Al recibir el Bautismo, se hace plenamente solidario con la humanidad pecadora, es el "verdadero Hombre", pero también reconocido como "verdadero Dios", por el Padre y el Espíritu Santo. El Padre proclama a Jesús como su verdadero Hijo amado, en quien se complace, con quien tiene pleno entendimiento. Es la revelación de su condición divina, que más tarde el mismo Jesús confesará: "El Padre y yo somos uno" (Jn.10, 30). Si el Padre lo reconoce como Hijo, la presencia del Espíritu Santo, habla de su presencia en la vida de Jesús en forma estable, ontológica, consustancial, definitiva. Esta presencia del Espíritu hace más comprensible la identidad de Jesús y consigue que el mundo de los hombres y el de Dios, enemistados por el pecado, ahora puedan abrirse a la

comuni3n, es el abrirse de los cielos, para que descienda el Salvador y el hombre ascienda como hijo de Dios. Pura gracia de Dios. Esto ayuda a comprender, como la Iglesia, deber1 tambi3n compartir su condici3n de pecadora pero tambi3n deber1 ser pura y santa desde lo interior de s3 misma para luchar contra el pecado. La inmersi3n de Cristo, en el mar de los pecados de la humanidad, es para redimirla con su misterio pascual de muerte y resurrecci3n. Lo mismo hace la Iglesia, cuando evangeliza en nombre de la Trinidad, lo hace para que nazca, en el coraz3n de los hombres, el arrepentimiento y la conversi3n. La renovaci3n personal, eclesial y social, ser1 una realidad, cuando cada cristiano asuma su condici3n de bautizado. Ser hijo en el Hijo, darle en su vida, el primer puesto a Jes3s, por la experiencia que tiene del Padre y del Esp3ritu, es el m1s Fuerte, lo que para nosotros es fundamental, porque arrimados a 3L y con la presencia amorosa de su Esp3ritu, daremos una respuesta m1s original en fidelidad a los deseos del Padre.